

PERIFERIA

Revista de estudiantes de filosofía: Universidad del Quindío
Vol. 3 (2025): pp. 15-19
ISSN: 3028-7588

Toda memoria es un bosque: lectura de *Los estratos* (2019)

Mariana Valencia Giraldo – Magister en Literatura
mariana.valencia1@utp.edu.co
Universidad Tecnológica de Pereira (UTP)



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas

El teléfono suena. Alguien contesta y nadie sabe quién llamó. Por primera vez, el recuerdo es tan intenso que se siente como una llamada insistente. Lástima que la llamada no la contesta quien tiene el recuerdo del puerto tan presente, tan punzante. Si pudiera contestar quien recuerda, al otro lado del teléfono sonaría la anécdota diluida en el tiempo, contada por la voz de una mujer que murió en el momento de su partida, porque no volvió a ser la misma que estuvo antes de irse del lado de quien recuerda.

Es así como el protagonista del libro *Los estratos* (2019) de Juan Cárdenas vivencia el primer acecho de su recuerdo, como un episodio irreconocible en los sueños y lleno de inventos. El protagonista empieza a sufrir de un insomnio que no sabe bien si es la vigilia o un lugar inexplorado del sueño. Lo que sí descubre de a poco es que este insomnio en el que le sucede la ráfaga de un recuerdo es el desencuentro que existe entre sí mismo y su propia construcción, un desencuentro irremediable que lo hace delirar, y que tiene como cimiento la primera interacción plausible con el mundo: con su nana cuando era niño. El recuerdo del único instante en el puerto del que no recuerda nada, salvo que se encontraba con su padre y su nana, deja en evidencia que su búsqueda es el encuentro consigo mismo a través de la interacción con los otros.

Sin embargo, ese encuentro consigo mismo promete no llegar. Como los materiales del subsuelo que se mueven y no encajan jamás, el personaje principal de la novela es la falla que actúa como el detonante: la ausencia de sí y la imposibilidad de atender su propio encuentro. El personaje principal es un sujeto del que no sabemos mucho por más que

avancemos en la lectura, por eso vamos con él en su búsqueda. La fractura que existe entre el sujeto que recuerda y su recuerdo, es la falla de la que parte la inestabilidad de su condición y lo ratifica cuando dice: "Cierro los ojos. Dentro del cuerpo, una vibración tenue y constante. Será el cansancio, la falta de sueño" (Cárdenas, 2019, pág. 29).

El terreno inestable de su cuerpo es una premonición, un movimiento voluntario. Al aventurarse en su movimiento, el personaje está en búsqueda del recuerdo con su nana en el puerto, y es la poca claridad que tiene sobre su vivencia la única memoria posible. Con el ánimo de la búsqueda, el personaje se lanza al camino —como barco en el agua— para observar, a ver si algo de lo que mira en los lugares que visita le trae otra cosa diferente a un vago recuerdo.

Se va a buscar algo al exterior tras perder la llamada que no contestó al inicio de la historia. Se quedó sin saber qué decía quien llamaba y le urge saber; es por eso por lo que corre al encuentro con el paso torpe de la duda. A lo largo del camino, y tras el rastro de lo que considera su propio recuerdo, se encuentra con algunas situaciones que parecen pistas.

Pero esa búsqueda siempre llega al mismo lugar: el inicio, que primero es su casa, y después se transformará en el puerto, en el lugar primero, en el acercamiento a la muerte. Empieza a sufrir un insomnio prolongado que le permite ver, por primera vez, el recuerdo de su niñez con más claridad. Dice el protagonista: "Desde hace un par de semanas el insomnio me arrastra hasta aquí. Me adentro en el bosque" (Cárdenas, 2019, pág. 15): ese bosque que simboliza un espacio físico y mental, diferente al espacio físico del inicio —su casa— y el espacio mental del inicio —el puerto—. Se

encuentra en el insomnio con un lugar nuevo, su negrura y sus repeticiones. Se da cuenta de que empieza a llenar los vacíos con otra información.

Adentrarse en el bosque, como dice, es navegar la espesura de su memoria e inventar el camino de un niño que ya no recuerda nada. Cuando el protagonista imagina al niño que fue, mientras observa los barcos de un puerto, no puede ver lo que mira el niño, sino el recuerdo inventado del adulto que quiere conocer al niño. Por eso, cuando cree recordar, la manera posible de hacerlo es siendo un hombre que llega en un barco a un puerto repleto de casas, edificios y gente, mientras un niño observa la llegada. Ya el hombre está perdido en su bosque y solo puede ver árboles en él.

La novedad de su propio recuerdo no va a ser solo la forma en la que recuerda —dos sujetos que son uno solo: un niño y un adulto que, sin saberlo, se observan desde posiciones opuestas en un mismo lugar—, sino que será un sueño más que un recuerdo, o el recuerdo de otra persona que no conoce, pero tiene lugar en él.

El niño es el dueño del recuerdo de su pasado. El adulto en el que se convertirá no será el dueño del mismo, y es por eso que le cuesta tanto recordar. Porque el niño, además, vive una experiencia que parte de la ingenuidad: ese mundo que experimenta es un mundo horizontal, igual para todos, en el que la tierra simplemente se encuentra con el mar por casualidad y se extiende transformada en agua hasta desaparecer. El adulto —la parte adulta del niño— no puede acceder a ese recuerdo de la forma convencional, porque para este el mundo ya no es ese territorio acostado y llano que fue antes. Ahora es, más bien, la ruta de descenso del barco que arriba a un puerto, en el que aguardan la locura, la

desigualdad, la violencia y la muerte como un camino sinuoso hacia la profundidad del mar. Y al interior de este: un bosque del que parte para volver.

Por mucho que lo intente, el personaje principal nunca se encuentra con el niño que fue. No escuchará de él la anécdota de la niñez y por eso debe buscarla en el sueño —que es el recuerdo de otra persona—. El encuentro con su propio recuerdo no vendrá de la mano de sí mismo, y es por eso por lo que acude a los otros, el sedimento: un camino que, a cada paso, le recuerda que transita por encima de la falla. El protagonista dice casi al final de su recorrido: “No puedo decir nombres. Algo no me deja” (Cárdenas, 2019, pág. 99), y la imagen de su nana en el recuerdo no se parece menos a su nana porque no recuerde su nombre; se parece menos a ésta porque es la nana de un niño que ya no es.

Cada uno de los personajes dentro de su vida, tienen un término que reemplaza el nombre y que describe el papel que cumple cada persona de su realidad: la esposa, la psiquiatra, la nana, etcétera. Sin embargo, la búsqueda que inicia y que parece no concluir más que en las imágenes atisbadas que se le presentan como recuerdos en su cabeza es solo un encuentro infructuoso con su desmemoria.

El protagonista conserva de sí mismo todo lo que sucede al margen de su función nominal. Este sujeto, que no se reconoce a sí mismo a través de su propio nombre, vuelve a vivir una vida nonata, porque nadie le asigna nada. No solo no le es asignado su propio nombre, sino que no pertenece ni a la ciudad, ni a su casa, ni a los sujetos que lo acompañan.

Con todos los personajes que lo rodean y que, de alguna forma, constituyen su propia aventura —pues, de hecho, son la puerta a la hazaña y son la

pesquisa—, se moldea una suerte de comunidad que existe desde su inexistencia, y ese es el rasgo identitario que los hace celebrar la comunión. Son los personajes no concebidos, que se quedaron por fuera del vientre hasta llegar a morir. Incluso aquel niño que él inventa en cada recuerdo, del que no tenemos nombre ni rostro.

Los personajes son, como en el coito del personaje principal con su pareja, las palabras que se dicen mientras tienen relaciones sexuales. O, mejor, las palabras que se quedan en palabras dichas para un solo fin: el clímax. Además de las palabras, los personajes son la descripción de una vida ya vivida que desemboca en el final. Los personajes hacen parte de un recuerdo que le pertenece a uno solo de ellos y que concluye en la fatiga de la búsqueda. Son los otros lo recolectado, la materia al fondo del agua, lejos de la superficie y la claridad. Lejos de todo, enterrados bajo el agua, están los cuerpos sin nombre, como en una fosa común. Y se confunden en el recuerdo, que es el recuerdo que une en un solo ser. Son la muerte universal de la historia universal. Las palabras para nombrar su recuerdo son las imágenes superpuestas, la uniformidad del bosque, el distanciamiento de las caras y sus nombres; del adulto y su niñez. Dice entonces:

Las palabras se trepan encima de las palabras, se camuflan imitando la superficie de las palabras. Vuelvo a sentir la presión de las carcajadas. La risa es un viento fuerte que primero acaricia y luego hace volar las palabras. Me río. Me río. Me río con mi risa de niño, pero no sé si estoy llorando. (Cárdenas, 2019, pág. 153).

La superficie del puerto está en el fondo del recuerdo, que es la tumba de todos. En el fondo del agua yacen los cuerpos sin nombre, reclamados por las anécdotas. Por esa razón, el protagonista viaja al lugar en donde todo empezó, un lugar que reclama su presencia para que identifique, si puede, un solo rostro que le permita conocer todos los rostros y todos los nombres. Una sola cara que hable y le indique que él existió algún día y conoció a su nana.

Pero en el pueblo en el que queda aquel puerto reconoce que inventa cuando dice: "Con el paso de las horas cobra fuerza la idea de que no podré recuperar el recuerdo de la nana. El hecho de estar aquí y todo lo que me voy encontrando al paso de algún modo sobreescribe las imágenes" (Cárdenas, 2019, págs. 107-108).

Ya consciente de su condición, se da cuenta de que el temblor es inevitable. La nana ya está muerta, pero estuvo muerta siempre porque, siendo adulto, él nunca pudo encontrarse con el niño que fue cuando en su sueño se acercaba al puerto. ¿Cómo podrá reconocer a su nana si nunca se reencontró con el niño que es quien tiene el recuerdo de su nana? Por eso inventa un bosque y se mete en él a contemplar. Y le parece ahora que todos los árboles son personas sin rostro y que esa desmemoria frondosa es la primera de sus muertes: porque al no recordar no es más la persona que fue para ser la persona que es. Es un sujeto que tiembla y espera a que su voluntad le devuelva la quietud.

Referencias

Cárdenas, Juan. (2019). *Los estratos*. Colombia. Tusquets Editores.